El Pueblo en la Historia

● LA ACADEMIA SUECA cumple mejor que la ONU, que la UNESCO, con la distribución geográfica de la cultura, dosificándola con equilibrio: después de abundar en franceses, ingleses y americanos, concede algún premio a las zonas menos conocidas de la literatura, como América española (Gabriela Mistral, en 1945), Islandia (Halderd Laxness en 1955) y ahora los Balcanes (Ivo Andric). Por un momento expone un autor a la expectativa mundial, aunque desde luego sin poder asegurarle la sobrevivencia (¿quién lee hoy a Carl Spitteler o a Grazia Deledda o a Aberamate Echegaray?), y juntamente concita la atención sobre la labor artística de un sector del planeta que parecía nacer a la expresión.

Ivo Andric es un novelista considerable que trabaja con seriedad y con inteligencia sobre un material que las costumbres y la historia de su tierra natal le han proporcionado. Siendo un hombre de letras respetado y conocido en su patria, no es, desde luego, un creador de primera fila, de esos que marcan nuevas direcciones en la literatura o de aquellos que integran una original cosmovisión humana. En cierto sentido podría decirse que este premio "balcánico" estaba más justificado en Kazantzakis, quien se murió sin que la Academia apoyara su candidatura (cualquier día se muere Sholojov sin que la Academia se decida a olvidar los imperativos de la guerra fría de modo que a alguna escritor de irradiación europea y de tonificada inspiración que le quedan en los Balcanes, vino a ser Ivo Andric.

Con motivo de otros premios Nobel hemos subrayado la futilidad de la discusión sobre el elegido. A partir de cierto nivel de calidad no hay duda de que el mundo cuenta siempre con doscientos escritores merecedores de la condición: al premiar a Winston Churchill como escritor es un disparate nacido del agradecimiento a uno de los cotiadores de la guerra. Ciertamente Ivo Andric vale como una justificada recompensa a un escritor digno y eficaz constreñido en las restricciones bastardas idiomáticas, que constituyen el testimonio de dos libros, **Un puente sobre el Drina** y **Crónica de Travnik** y de algunos cuentos.

De él se podría decir que es el típico escritor de una marca fronteriza, tanto en sus temas como en su estilo y actitud creadora. Nacido en 1892, en Doc, cerca de Travnik, de origen croata, de religión ortodoxa, de lengua serbia, de tradición liberal-revolucionaria, su vida queda marcada por las condiciones históricas, raciales y culturales de esa región. Donde se entrecruzan tres grandes estructuras mentales: la de los ortodoxos derivados del mundo mediterráneo, la de los turcos, la de los cristianos europeos (austriacos), las tres funcionando sobre una entrañable realidad campesina cuyo legítimo sabor, cuyo ritmo y nobleza Andric puso de relieve.

La región sigue impregnada de mundo antiguo, con ese acento de vida esencial, apoyado sobre los grandes lugares comunes de la humanidad, que ya el gringo Kazantzakis había visto en Bosnia donde también se cruzan diversas razas culturales o como lo dice el bolígrafo francés, en la obra de la Odisea están presentes, pero también allí dejaron su marca los otomanos (en **Un puente sobre el Drina** se ve claramente esto). Ante Hodja, corresponde verbalizar la novela: con sus peculiares, extravagantes costumbres semoviientas, así como el dinámico, cruel mundo europeo que pugna sus ideas, sus técnicas, sus soldados. La región hierve de una vida carnosa, honda, cargada de abundante material legendario, folklórico y posiblemente realista al mismo tiempo, y los autos parecieran allí como hace tres mil años. Cuenta Finley que en 1954 el profesor americano Milman Parry constató que "**un bard sirvió de asistenta ahor, que no sabía leer ni escribir, le recitó un poema de las dimensiones de la Odisea, construyéndolo a medida que lo recitaba, pero sosteniendo el metro y la forma e inventando una narración complicada. La ejecución de esta hazaña duró dos semanas, con una semana intermedia: el bard cantaba durante dos horas en la mañana y durante otras dos en la tarde.**

De esa cepa originaria procede Ivo Andric, pero a ella agrega una educación universitaria en la dirección intelectualista y analítica de las grandes capitales culturales. Estudió filosofía en Zagreb, Viena, Cracovia y Graz, donde se graduó, luego de haber hecho sus cursos secundarios en esa ciudad que la historia conoce como Sarajevo. Militaba entonces en la Juventud Revolucionaria Nacionalista por lo cual fue perseguido durante la primera guerra mundial. Era la época en que componía sus primeros poemas, más bien cantos en prosa, donde aparecen ya el patriotismo un rítmico goce de la realidad dentro de los molde de parnasianos. El año 1918 marca su ingreso a las letras con la publicación de sus poemas en el volumen Es ponte, (se había dado a conocer en la Antología de Antun Gutav Matos La lírica joven croata, 1916, donde aparecieron los nombres de quienes forjarían la renovación literaria yugoslava) y a ese libro siguieron varios otros de cuentos, escritos en buena parte en la prisión donde fue internado durante la guerra por las autoridades austro-húngaras, y donde se establece en forma definitiva su vocación por la prosa y por los temas de su Bosnia natal.

Pui Alija Derdelaza, Nemiri y los dos volúmenes de Cuentos escogidos, que publica entre 1920 y 1923, son, efectivamente, retratos, anécdotas, historias extraídas de las costumbres patriarcales de Bosnia. Como en muchos otros países que forman la periferia de los centros culturales europeos (así es nuestra América latina) la respuesta de los escritores a los movimientos vanguardistas de París, Berlín o Londres consistió en una reelaboración estéticamente afinada de los materiales nacionales, en una defensa de lo típico pero sobre cocordadas más artísticas que las del viejo naturalismo finisecular. Desde sus orígenes literarios Andric se aproxima a los cultores del realismo crítico, aunque con una probidad y tacto que lo emparenta con Mann.

Terminada la guerra, establecida la liberación, Andric abandona la literatura por la diplomacia y durante diez años vive en Roma, Bucarest, Trieste, Grac. Es un hombre callado y tranquilo que medita y se instruye, pero con un fuego interior. A él se debe que, al entrarse del bombardeo de Belgrado, se reintegre dos horas después a su país a emprender su suerte: sufrió durante la ocupación alejado de toda tarea, en silenciosa pugna con el invasor, otra vez consagrado a la creación literaria. De ahí que necesita ese alejamiento de la vida cotidiana para construir una obra cuyos argumentos pertenecen a la historia pasada pero cuya sensibilidad y cuyo estilo reproducen las preocupaciones de la hora.

Durante la guerra mundial, en la región austro-húngara concibió sus primeros cuentos; en la segunda guerra, la prisión implicita a que lo obligaba el ocupante totalitario, le presta la clausura donde preparar el conjunto de sus libros mayores que data a concurso después de la liberación: son ellos **Nove Pripovetke**, cuentos, en 1949, **Un puente sobre el Drina**, **Señorita**, amén novelas y **Crónica de Travnik**, otros y recuerdos de su tierra que subtitula "El tiempo de los consules". Son estos títulos los que fundamentan su gloria y el premio Nobel, y en ellos es visible, como señala Cyril Wilczkowski en su estudio sobre la literatura, la actitud europeísta, el espíritu calmo y analista de un autor que sólo ocasionalmente se vuelca al arte sombrío, agresivo e irónico del otro gran escritor yugoslavo moderno, Miroslav Kreljeza.

En efecto, Andric es un hombre cultivado, de amplia formación filosófica marcada por una dominante curiosidad psicológica y hasta psicoanalítica, aplicada sobre donde parecen estar sellados por París-Viena-Roma a una turbulenta materia literaria que rota incesantemente sobre la vida y las costumbres de un pequeño pueblo de Servia. Cuando a Kocmatch le criticaron el reproché su excluyente atención por la vida de su pueblecito natal y su desinterés por los acontecimientos mundiales, el novelista yugoslavo contestó con distinta razón: "**Si los acontecimientos de que Uds. hablan son realmente mundiales debem interesar necesariamente a mi aldea**". Algo parecido hubiera podido replicar Ivo Andric, si no fuera porque después de la guerra decidió de nuevo dedicarse a sus temas pueblerinos una resonancia mundial, aprovechando la situación fronteriza de la comarca natal. Allí se cruzaban los ejes de la historia de Europa, ante los ojos azorados de quienes básicamente no la hicieron.

Para eso comienza por separarse de la realidad inmediata de su tiempo, un poco a imagen de Sholojov que sólo en la guerra con Ellos combatieron por la patria recobra su inspiración épica, para volver al pasado de su tierra y manejar con destreza una rica herencia. En segundo término opera una ruptura de la línea argumental realista, prefiriendo a la escritura una acumulación de escenas sueltas donde los personajes se mantienen y donde la personalidad de la tierra, el lugar, las cosas inertes donde se registra la historia de la humanidad. "¿Quién podrá expresar los escalofríos colectivos que recorrieron a las masas y que se transmitieron de los seres vivos a las cosas inertes, a la tierra y a las casas?" pregunta en **Un puente sobre el Drina** y es evidente que eso busca en sus novelas. En tercer término establece un paralelismo curioso entre el vivir de los hombres y los ciclos de la historia; decimos curioso porque parecería que este escritor que cree en las virtudes positivas del hombre, estuviera dominado por un escepticismo distante y

Dibujo: Julio E. Hess

viera pasar la historia como un encadenamiento de guerras, destrucciones, conflictos, que sólo tiñe ligeramente melancólicamente.

Su libro más famoso cuenta la historia de un puente que ordenara construir el gran visir Mehmed Pacha Sokolovitch en 1577, uniendo Bosnia y Servia y estableciendo un comercio acorde de sus civilizaciones. "El puente tiene unos 150 pasos de longitud y unos 10 de anchura, alto en su parte central, que se ensancha en dos terrazas sólidas a ambos lados del camino intransitable, alzando así el doble de su anchura. A esta parte del puente le llama la "kapia". Es ahí que transcurre la vida de un pueblo a través de los siglos, en a cuota de felicidad, de crueldad, de angustia y de alegría, porque es en la "kapia" que se encuentra los enamorados, que se levantan sobre pies la cabezas de los ajusticiados por las autoridades a uno u otro ocupante, que se desarrolla el comercio. La novela cuenta con detalle la construcción del puente, sin ahorrar nada del sufrimiento que supuesta, pero subrayando la sangre sobre de la cimenta; pasa rápidamente por los siglos XVII y XVIII y a partir del siglo IX se remonta en la segunda mitad del XIX, narrando la vida bajo la ocupación del ejército austríaco, "tres décadas de relativa prosperidad y de paz apenas, si exceptuamos Francisco José", para concluir con la destrucción del puente en 1914, durante la primer guerra mundial.

En este largo trecho su protagonista es un apacible y callado comerciante, Ali-Bajo Mehmovitch, el único que se queda cuando el puente se desbanda bajo el cañoneo, el que intenta salvar su comercio porque la vida debe seguir y un viejo anciano, medita sobre lo que ha visto en su larga existencia mientras asciende subrayando su meditación resume el espíritu positivo de Andric, el significado de esta novela expositiva que el ojo avizor describe impávidamente: "Pero si que esta fe impera que se pone a cubierto, se limpia, que repara y perfecciona para, a continuación, devorarlo y destruirlo todo de la cólera, puede ser que esta fe impere. Pero a estimadores por la tierra: puede ser que convierta este mundo de Dios en un campo desierto, amontonando sus construcciones insensatas y por sus ruinas de ruinas de un verdugo; puede ser que transforme el mundo en parte para sacrificar un hombre sin fe y sus aspectos incomprensibles. Todo es posible y no hay una cosa que no le es imposible. Se aparecer del todo y para siempre los hombres grandes, prudentes y de alma elevada que han trovem en honor a Dios, mientras quedan en los que se embelesa la tierra y el hombre sólo en una vida mejor y más fácil. Si esto hubiera desaparecieron significaría que el amor de Dios se habría extinguido y horrado del mundo. Es es absurdo".

Sí, es absurdo. Queremos creerlo. "Es los espantados han visto" podría decir Andric, y lo mismo son limpios y serenos, y observan el temor la vida; pero también han visto las grandes obras de los hombres justos y no pierden la esperanza. Nadie puede negar lo que

Pasa a la pág. siguiente

EL PUEBLO EN LA HISTORIA

(Viene de la pág. anterior)

seria de la condición humana y el horror de que es capaz el hombre, ¿pero quién, sin ser insincero, negará la cordialy la justicia por las cuales el hombre debe vivir? "sal de la tierra y la renovada esperanza?

Cuando en algunos grandes centros de la cultura europea, los profetas de la catástrofe redoblan a muerto y con su literatura predicen este aniquilamiento de la humanidad, en algunos de estos días adelantan, agoreras, es importante saber que no está cegada el manantial de la esperanza y que un pueblo pequeño balcánico, arrasado una y otra vez por invasiones, hay seres que siguen encontrando sentido y dignidad a la vida. Claro que estas palabras no tienen ya la vana grandilocuencia liberal ni su simplismo; hay que aceptarlas con su pesada carga de padecimientos y rigores y no son el producto de una delegada fuerza de hereditad individual, sino que responden a una compleja urdimbre de acciones y reacciones donde los hombres manejan su futuro y son zarandeados por fuerzas mayores que los constriñen, y a través de las cuales se crea un derrotero impregnado de religiosidad.

Benjamin Goriely, analizando los períodos de la literatura yugoslava de la posi-guerra la señalaba que la ruptura con Moscú no sólo determinó distintos y hasta contradictorios momentos —sino primero de exaltación popular y nacional, un segundo dogmático del realismo socialista, un tercero de dispersión e ingreso de corrientes subjetivas e individualistas— sino que además propició a sus escritores sobre la realidad de su tierra, desamparados de fuertes corrientes ideológicas. Este camino está anunciado por Ivo Andric y no es casual que este escritor, que fuera proclamado "compadre" de la Liberación, designado representante a la Asamblea, presidente de la Academia de Ciencias y consagrado en 1956 como el orientador de las letras del país, haya permanecido al margen de la disputa. Este-Oeste y haya encarnado en un examen íntegro de una parcela conocida y querida de mundo. En su encuadre histórico y cultural, su presencia inserta, la realidad del tiempo duro que vivió, pero no como una estructura ideológica beligerante sino como una actitud serenamente reflexiva que le conduce a encontrar, en la vida más sencilla y permanente, una verdad poderosa proyectada al futuro.

Dejo constancia de un doble agradecimiento: al Sr. Pavovic, representante diplomático yugoslavo por abundante material biográfico y al padre D. Dalmiroic por sus largas horas de traducción. Sólo me corresponden descubrir y disfrutar de la obra de Ivo Andric.